

Sobre la universidad
y el saber en
J.H. Newman

por **Xabier Larrañaga**

*Conferencia pronunciada
el 16 de diciembre de 2010*

Forum Deusto

Sobre la universidad y el saber en J.H. Newman

Xabier Larrañaga
Misionero claretiano

En esta presentación pretendo dar a conocer lo que J.H. Newman entendió por universidad y por saber. Para ello me serviré, casi exclusivamente, de sus nueve *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria* de 1852¹. Éstos, juntamente con las *Lectures and Essays on University Subjects* de 1859, fueron publicados y conocidos en la obra *The Idea of a University*. Fue el arzobispo irlandés Paul Cullen de Armagh quien, en abril de 1851, le pidió unas «conferencias sobre educación», con ocasión del proyecto de erección de una universidad católica para Irlanda. Para entonces Newman llevaba seis años como cristiano católico. Los orígenes de este proyecto de nueva universidad guardaban relación con la *Queen's University of Ireland*, promovida por el Primer Ministro británico Robert Peel, en 1845. Se trataba de un intento conciliador con los irlandeses, erigiendo una universidad secular y no confesional, como el anglicano *Trinity College* de Dublín. Ahora bien, el esquema de educación «mixta» (participación de jóvenes de las distintas confesiones) de la *Queen's University* sólo tenía la aprobación de una minoría de los obispos irlandeses. Roma, por su parte, prohibía a la Iglesia irlandesa participar en esa universidad, y alentaba a llevar a cabo el proyecto de una universidad católica, bajo el modelo belga de Lovaina.

El obispo irlandés Cullen le explicaba al inglés Newman que «lo que queremos en Irlanda es persuadir a la gente de que la educación debería estar en consonancia con la propia religión». Newman le decía que «se limitaría» al tema general: «el gran objetivo de conectar la religión con la literatura y la ciencia». La nueva universidad católica, a juicio de

¹ NEWMAN, J.H.: *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*. Traducción, introducción y notas de José Morales. Eunsa, Pamplona 1996. En lo sucesivo *Discursos*.

Newman, debería armonizar el saber humano (Atenas) y la teología (Jerusalén). Esta idea sirve de línea directriz de los *Discursos*. En éstos salta a la vista la crítica al utilitarismo de la educación liberal, dentro de un marco confesional religioso, pero no se debe descuidar el ataque encubierto de Newman al dogmatismo estrecho de un catolicismo clerical a la defensiva². Posiblemente Newman, sin ser plenamente consciente de ello, se situaba, con sus ideas sobre educación, en la tradición europea de la *Bildung*, de la formación integral, uniendo humanismo y cristianismo en lo mejor que ambos tienen en sí³.

En los *Discursos* de Newman se percibe una constante de sus esfuerzos intelectuales: *evitar que la ideología triunfe sobre las ideas*. Para ello partirá siempre del ser humano con sus capacidades y dimensiones reales, las que tiene a mano. Entre esas dimensiones se halla, sin duda para Newman, la trascendente, sin la cual no se puede dar con la totalidad de la naturaleza humana. Ésta no queda mermada por la gracia, sino perfeccionada⁴.

Desarrollaré mi exposición en cuatro pasos:

1. En primer lugar veremos qué entiende Newman por *universidad*.
2. Seguidamente veremos cuál sea la *utilidad* de la universidad, siempre en la mente de nuestro autor.
3. Veremos, en tercer lugar, en qué consiste la amplitud mental o «filosofía».
4. Finalmente, nos fijaremos en la relación entre *saber* y *cristianismo*.

1. ¿Qué es la universidad?

En el mismo prólogo de los *Discursos*, Newman escribe que el objetivo de una universidad «consiste en difundir y extender el saber, más bien que hacerlo progresar». Así, lo propio de una universidad sería *enseñar*, tomando en consideración, en primer lugar, a los estudiantes. Para realizar nuevas investigaciones ya estarían las *Academias*. Éstas se encargan de *descubrir* nuevos conocimientos⁵. En su idea desnuda,

² Cf. KER, I.: *John Henry Newman. A Biography*, University Press, Oxford 1988, pp. 376-377.382-383.

³ Cf. introducción de José Morales a los *Discursos*, pp. 14-15.

⁴ Cf. *ibid.*, p. 24.

⁵ Cf. *Discursos* (prólogo), pp. 27.30-31.

la universidad, antes que un instrumento de la Iglesia o del Estado, es aquella institución que se centra en la *cultura intelectual*. Así, no persigue ni la mejora moral ni la producción de bienes útiles. Se limita a *educar el intelecto*, la *mente*, y ello en conformidad con la capacidad de cada alumno⁶.

1.1. *En la universidad entran todas las ramas del saber como en un todo*

La universidad, haciendo honor a su nombre, debe dar cabida a *todas* las ramas del saber, no de manera aislada, sino formando un *sistema*, pues unos saberes entran en otros y se completan mutuamente. Y es que las diversas ciencias, son el resultado de la capacidad de abstracción del ser humano. Por lo mismo, sólo nos muestran aspectos de las cosas, y, así, resultan incompletas en su propia idea. Por consiguiente, las ciencias se necesitan, y se ayudan en la mutua relación. Ahora bien, precisamente porque las ciencias forman ese sistema, se requiere algo así como una «ciencia de las ciencias», esto es, una *filosofía*, en el genuino sentido de la palabra. Ella tiene como cometido captar el influjo de las distintas ciencias entre sí, así como su situación, su limitación, el ajuste y la apreciación del conjunto. A esa filosofía corresponde igualmente un *hábito filosófico de la mente*, que es el que realmente interesa a Newman⁷. La razón última por la que la materia del conocimiento forma una profunda unidad se halla en el Creador de todas las cosas⁸.

1.2. *También entra la teología*

Una universidad no puede dejar de lado la ciencia que versa sobre Dios sin entrar en contradicción con lo que se significa con su nombre. Newman cree que si hay realmente «Verdad religiosa, no podemos cerrar los ojos ante ella sin mostrar un serio prejuicio hacia la verdad de cualquier clase, ya sea física, metafísica, histórica y moral, porque la Teología tiene que ver con todo tipo de verdad. Y así respondo a la objeción del filósofo de hoy: "¿Por qué no sigue usted su camino, y nos deja a nosotros seguir el nuestro?". Doy mi respuesta en nombre de la ciencia de la Religión y digo: "Cuando Newton pueda prescindir del metafísico, entonces podéis vosotros prescindir de los teólogos"». A la

⁶ Cf. *Discursos* (VI), p. 144, y *Discursos* (VII), p. 166.

⁷ Cf. *Discursos* (III), p. 81.

⁸ Cf. *Discursos* (V), p. 123.

hora de argumentar a favor de la presencia de la teología en la universidad, Newman hace referencia a Aristóteles. Éste, a la hora de enumerar las cosas que ocurren en el mundo no se limita a las físicas y materiales, sino que se refiere igualmente a «todo lo que es por medio del hombre». No es posible explicar la realidad haciendo caso omiso de los «agentes morales y espirituales», pertenecientes a un orden distinto, por no decir superior, al físico⁹.

Newman habla de la ruptura entre religión y razón originada por la Reforma del siglo xvi (o, mejor, por el protestantismo de cuño evangélico que conoció), cuando reduce la religión a *sentimiento*, a emoción, a una apetencia o a un impulso afectivo. En el fondo, los que reducían la religión a sentimiento (no-razón) coincidirían con los liberales (de corte racionalista), pues también éstos dejaban la religión revelada en el espacio de la «no razón». En la religión, así entendida, no habría espacio para el argumento ni para el ejercicio del intelecto. La religión no sería, propiamente hablando, conocimiento. Serviría, únicamente, para satisfacer ciertas necesidades de la naturaleza humana, pero no tendría su origen en un hecho externo o en una obra divina. Newman ve en el proceso iniciado por la «levadura luterana» un proceso de autoexclusión de la religión del campo del conocimiento y de la ciencia. Nuestro teólogo se encuentra con el siguiente panorama: unos huyen de la razón, porque la ven fría e insuficiente para canalizar un «*sentimiento*» tan noble como la fe. Otros, desde la razón, no la niegan, pero la sitúan fuera de la esfera de lo «racional», o, en todo caso, la reducen al espacio de lo «natural», porque la fe (lo sobrenatural) queda más allá del poder de la razón, y —según ese racionalismo— no sería legítimo cubrir la distancia entre lo natural y lo revelado ofreciendo un asentimiento que supera la fuerza de los argumentos, y para el que éstos no serían aptos. El resultado de todo ello es una religión *a la medida del hombre*. En tal caso, «Dios coincide con las leyes del universo; es una función, un correlato, una reflexión subjetiva y una impresión mental de los fenómenos que componen el mundo material o moral, que discurren veloces ante nosotros». En tal caso no ha de extrañar el hecho de que la religión se reduzca a un *sentimiento*, al «sentido de lo bello y de lo sublime», ni que el conocimiento de Dios sea correlativo al conocimiento del mundo. En el fondo, el conocimiento de Dios sería una manera de considerar el mundo, porque la verdad divina no sería «algo diferente de la Naturaleza, sino la Naturaleza misma rodeada de

⁹ *Discursos* (III), pp. 82.83.

un halo divino». Pero Newman cree que la teología pide un lugar entre las ciencias, porque *Dios es más que la naturaleza*. Nótese que es la reducción de la teología a teología natural la que hace que la universidad pueda prescindir de ella¹⁰. Pero Newman ve en la verdad religiosa no sólo «una porción, sino una condición de conocimiento. Eliminarla no es otra cosa que deshacer el tejido de la enseñanza universitaria. Es, según el proverbio griego, quitarle al año la primavera, o imitar el ridículo proceder de los actores que representaban un drama omitiendo su parte principal»¹¹.

1.3. *Si la teología desaparece, otras ciencias usurparán su lugar*

Ahora bien, si la teología desaparece del marco universitario su papel, cree Newman, no será ignorado, sino usurpado por otras ciencias que enseñarán sin título ni garantías. No es posible conservar vacío el puesto que deja una ciencia que ha sido ignorada. «Esa ciencia es olvidada, y las demás se aprietan entre sí, es decir, exceden sus propios límites y entran donde no tienen derecho a entrar». Pero «una ciencia, por amplio que sea su objeto, incurrirá en notables errores, si pretende erigirse en el único exponente de todo lo que hay en el cielo y en la tierra, por la sencilla razón de que se entromete en un campo que no es el suyo, y se ocupa de cuestiones para cuya solución carece de instrumentos». Si desaparece la teología, se despertará el teólogo que hay en el científico, y ello, no «por arbitrariedad ni por malevolencia sino por una irritación producida por la perplejidad, por lo que la mente se ve forzada a pronunciarse sobre algo en lo que carece de datos». Se trata de un proceder cotidiano, porque la mente humana no deja de especular y sistematizar. «Aunque no es fácil juzgar correctamente, la ocupada mente estará siempre juzgando. No podemos dejar de hacernos una opinión sobre cosas y personas, y nos conformamos con una vida irreal, cuando no conseguimos la verdad». Los principios de una ciencia, cuando ésta se convierte en usurpadora, llevados a su límite (esto es, allí donde necesitarían la interpretación y el control desde otros ámbitos) se convierten en charlatanería, «porque una pequeña ciencia no es una profunda filosofía», y el que considera unas pocas cosas no tiene dificultad para decidir (Aristóteles). Este proceder perjudica a la misma ciencia o ciencias usurpadoras, porque fuera de su ámbito de competencia «intentan hacer lo que no pueden, y enseñan lo que, enseñado en su campo, es verdadero, pero

¹⁰ Cf. *Discursos* (II), pp. 70-73.

¹¹ *Discursos* (III), p. 97.

que en campo ajeno se pervierte o exagera, y resulta, en último término, falso». Se introducen contenidos falsos explicando cosas verdaderas¹².

2. Sobre la utilidad de la universidad

En los *Discursos* que estamos comentando Newman se pregunta expresamente sobre la *utilidad* de la universidad. La educación que se imparte en la universidad es una educación *liberal* y guarda relación con un hábito mental o filosófico «que dura toda la vida, y cuyas características son libertad, sentido de la justicia, serenidad, moderación y sabiduría». Newman utiliza el término «liberal» en el sentido aristotélico. Así, a diferencia de lo que es «útil», o lo que produce una *ganancia*, lo «liberal» es todo aquello que tiende a ser *disfrutado*. Ahora bien, se pregunta Newman, ¿cuál sería el fin de ese saber liberal o filosófico? ¿No sería más sensato buscar la especialización y el carácter práctico a ella inherente? Newman cree que «el saber es capaz de su propio fin. La mente humana está hecha de tal modo que cualquier clase de saber, si es auténtico, constituye su propio premio». Esto sería igualmente cierto de esa filosofía o «visión abarcante de la verdad en todos sus aspectos». El saber liberal «es sólo aquel que se basa en un régimen propio, que es independiente de sus resultados, que no busca complemento alguno, y se niega a ser *conformado* por ningún fin». La misma teología dejaría de ser «liberal» si se aplicara a un fin, como la catequesis o el púlpito. Ni lo sobrenatural tiene por qué ser liberal. El saber, cuando es elevado a alguna forma científica, deviene *poder*, pero antes que un poder, «el saber es un bien, es decir, no es sólo un instrumento sino un fin en sí mismo».

Newman, lógicamente, no desprecia el saber práctico, ante el saber liberal del que habla. Pero cree que la universidad busca (ha de buscar) no la *instrucción* sino la *educación*. Ésta es «una palabra más elevada. Implica una acción que afecta a nuestra naturaleza intelectual y a la formación del carácter. Es algo individual y permanente... Cuando hablamos, por tanto, de la comunicación del saber como educación, estamos afirmando que el saber es un estado o condición de la mente... de que hay un saber que es deseable aunque nada se derive de él, por ser él mismo un tesoro y un premio suficiente de años de esfuerzo»¹³.

¹² *Discursos* (IV), pp. 101-105.

¹³ *Discursos* (V), pp. 125-126.130-131.133-135.

Ahora bien, Newman ve la «utilidad» del desarrollo del intelecto, no en su sentido mecánico y mercantil, sino «como un bien que se difunde». No todo lo útil es bueno, pero «lo bueno siempre es útil». Así, «lo bueno no es solamente bueno, sino originante de bienes... Nada es excelente, bello, perfecto y deseable por sí mismo, que no se desborde y difunda en torno su propia semejanza. El bien es fecundo... Un gran bien impartirá un gran bien». La utilidad de la cultura intelectual o del desarrollo de la mente sería comparable a la utilidad de la salud. Ésta sería al trabajo corporal lo que el desarrollo de la mente es al estudio profesional y científico. Newman no cuestiona el valor del saber profesional. Únicamente ensalza el saber universitario porque es integral, totalizador, porque tiene que ver con un desarrollo de la mente que sólo se puede garantizar en el amplio panorama del saber de la universidad y no en el espacio reductivo de una determinada disciplina y sus fines concretos. Es verdad que, en la mente de Newman, la educación liberal o universitaria «niega el lugar principal a los intereses profesionales», pero lo hace «sólo para proponerlos o subordinarlos a la formación del ciudadano, y al servir a los grandes intereses de todos, prepara también el feliz logro de esos objetivos meramente personales, que a primera vista parece despreciar». La persona tiene que dar a la sociedad algo más que lo propio de su oficio. Cuando no sucede eso, cuando no se da cierta interrelación liberal, las personas nos enredamos con opiniones e intereses mezquinos, y la sociedad deja de funcionar como tal, y se presenta como un cúmulo de piezas desconectadas, que se repelen entre sí. Se requiere un cierto exceso educativo. «Es la educación —escribe Newman en una página de oro de sus *Discursos*— la que confiere al hombre una visión consciente de sus propios juicios y opiniones, así como la verdad para desarrollarlos, la elocuencia para expresarlos, y la energía para proponerlos. Le enseña a ver estas cosas tal como son, a ir derecho al núcleo, a enderezar un nudo de pensamiento, a detectar los sofismas, y a eliminar lo irrelevante. Le prepara para desempeñar cualquier trabajo con altura, y dominar cualquier tema con facilidad. Le muestra cómo acomodarse a los demás, cómo situarse en su estado de ánimo, y cómo comportarse con ellos. Se encuentra bien en cualquier tipo de sociedad, posee algo de común con cualquier clase de hombres, sabe cuándo hablar y cuándo callar, es capaz de conversar y de escuchar, puede hacer una pregunta pertinente, y aprender una lección oportuna cuando él no tiene nada que impartir. Se halla siempre dispuesto, pero nunca estorba. Es un compañero agradable, y un colega de fiar. Sabe cuándo estar serio y cuándo bromear, y posee un tacto que le permite bromear con gracia, y estar serio con eficacia. Tiene la serenidad de una mente que vive en sí misma, a la vez que

vive en el mundo, y que posee recursos suficientes para tener la felicidad en casa, cuando no se puede salir de ella. Dispone de un don que le ayuda en público y le apoya en su retiro, sin el que la buena fortuna sería vulgar, y con el que el fracaso y el infortunio adquieren encanto. El arte que tiende a hacer así a un hombre, es en el objetivo que persigue tan útil como el arte de la riqueza o el de la salud, aunque sea menos susceptible de método, y menos tangible, cierto y completo en sus resultados»¹⁴.

3. ¿En qué consiste la amplitud de la mente o «filosofía»?

En los *Discursos* que estamos comentando Newman intenta responder a otra cuestión: ¿en qué consiste la ampliación de la mente o «cultura» que persigue la educación universitaria? En su respuesta se fija en la relación de la cultura intelectual con el *mero* saber, con el saber *profesional* y con el conocimiento *religioso*. En las consideraciones que siguen nos fijaremos en la relación que la cultura mantiene con el mero saber, y en la última sección, la que mantiene con el conocimiento religioso.

La mayoría de las personas tiende a identificar la verdadera cultura mental con la simple adquisición de conocimiento. Sin duda, el saber es condición indispensable de la expansión de la mente, pero el fin de la educación *liberal* no es el mero saber, es decir, el saber considerado en sus *contenidos*. La *extensión intelectual* de la que habla Newman no puede venir de la mera recepción pasiva de un cúmulo de ideas. Ella consiste en «la acción de un poder formativo que produce orden y da sentido a la materia de nuestras adquisiciones intelectuales. Es hacer subjetivamente nuestros los objetos de nuestro conocimiento... Sentimos que nuestras mentes crecen y se expanden no sólo cuando aprendemos sino cuando referimos lo aprendido a lo que ya sabíamos... Un gran intelecto... es una mente que adopta una visión conexas y armónica de lo viejo y lo nuevo, lo pasado y lo presente, lo lejano y lo próximo, y que percibe la influencia de todas las realidades unas sobre otras, sin lo cual no habría ni un todo ni un centro». Un saber así, cree Newman, por ir más allá de la mera adquisición cuantitativa puede ser considerado como *filosofía*. Sin ese proceso de análisis, de distribución y armonía, no puede haber expansión mental alguna. Una gran memo-

¹⁴ *Discursos* (VII), pp. 175-179.186.

ria no hace al filósofo, ni al diccionario llamamos gramática. Tampoco identificamos al *culto* con el *sabio*. Una mente auténticamente universitaria «nunca contempla un aspecto del saber sin tener en cuenta que es sólo una parte, y sin las asociaciones que surgen del hecho». Una mente así es lo más distante a la del lector poseído por sus conocimientos, pero que no los posee. En este sentido, Newman advierte que «la memoria puede tiranizar tanto como la imaginación».

Por tanto, la «educación es una palabra mayor, es la preparación para el saber, y la enseñanza de conocimientos en orden a esa preparación... el mejor telescopio no nos permite prescindir de los ojos. La imprenta y las bibliotecas nos serán de gran ayuda, pero hemos de ser fieles a nosotros mismos y tomar parte activa en la tarea. Una Universidad es, según su denominación usual, un Alma Mater, que conoce a sus hijos uno a uno. No es un asilo, ni una casa de la moneda, ni una fábrica»¹⁵.

4. La relación entre saber y cristianismo

En nuestra última sección nos fijamos en la relación que la cultura o el saber de una mente amplia mantiene con el cristianismo. Hemos de empezar diciendo que Newman no identifica el saber con la *virtud* moral o con la *religión*. «El fin directo del saber no es fortificar el alma contra la tentación o consolarla en las aflicciones, como no lo es tampoco poner en movimiento una máquina o dirigir un vehículo de vapor». El saber, cree Newman, mejora nuestra condición moral en la misma escasa medida en que eleva nuestro nivel de vida material. Así, «el saber es una cosa, y la virtud es otra. El buen sentido no es la conciencia, los buenos modos no son la humildad, ni la amplitud y acierto de las ideas equivalen a la fe». Lo que hace al cristiano no es la educación liberal que tanto pondera nuestro autor. La ética dista mucho de ser la consecuencia lógica del saber. Pretender luchar contra las pasiones y el orgullo del hombre con las armas del saber sería como intentar extraer bloques de granito de una cantera con hojas de afeitar, o amarrar un barco con un hilo de seda¹⁶.

Lo llamativo de los *Discursos*, cree el newmanista Ian Ker, no estaría en aclarar el irresoluble conflicto entre la razón y la fe (conflicto que

¹⁵ *Discursos* (VI), pp. 145-148.151.153.156.159.

¹⁶ *Discursos* (V), pp. 140-141.

Newman siempre negó), sino «en la tensión entre la genuinamente incondicional insistencia en el valor absoluto del conocimiento en sí mismo y la equivalente y firme convicción, enfáticamente expresada, de que el conocimiento no es el mayor bien»¹⁷. Newman cree que «el saber en cuanto saber ejerce una sutil influencia en recluirmos dentro de nosotros mismos, en hacernos nuestro propio centro, y en convertir nuestras mentes en la medida de todas las cosas. Ésta es la tendencia de la educación liberal, de la que una Universidad es la escuela. Es la tendencia a considerar la religión revelada como un aspecto de lo propio, a remodelarla, a ajustarla... a un tono diferente... Un sentido de la corrección, el orden, la coherencia, y la totalidad engendra una resistencia rebelde contra el milagro y el misterio, contra lo severo y lo sobrecogedor»¹⁸.

Newman apuesta por la *educación liberal*, tal como hemos venido diciendo a lo largo de nuestra reflexión, pero en la medida en que ella vaya conexas a la teología se evitará el que caiga en el liberalismo doctrinal o en la indiferencia religiosa. La relación entre el saber liberal y el cristianismo es ambigua. Newman cree que la «recta razón», esto es, «la razón rectamente ejercida, conduce la mente hacia la religión católica, la establece allí, y le enseña a actuar bajo su guía en todas sus especulaciones religiosas. Pero la razón, considerada como un agente real en el mundo y como un principio operativo en la naturaleza humana... se considera a sí misma como independiente de principio a fin»¹⁹. Newman habla de los influjos positivos de la cultura intelectual sobre el ser moral, y reconoce la existencia de personas de sobresaliente talla moral al margen de la esfera o ámbito de la fe. Pero igualmente quiere destacar la diferencia existente entre ese desarrollo mental de personas irreprochables y la auténtica religión. Para ello se fija en un tipo de religiosidad sin trascendencia, la que cree percibir en algunos de sus contemporáneos, consecuencia de un pensamiento que identifica al sabio con aquel que reduce la realidad para medirla. Se trataría de un tipo de religiosidad que no mira más allá del dictado de la propia mente, que no contempla a un Hacedor superior, y donde la conciencia se convierte en mero autorespeto. Al actuar mal no se sentirá *contrición* (un sentimiento que tiene que ver con Dios), sino *remordimiento* y cierto sentido de *degradación*. Se sentirá *vergüenza* pero no *temor* (que siempre nos lleva más allá de nosotros mismos), o bien se disolverá el temor

¹⁷ KER, I.: *John Henry Newman. A Biography*, University Press, Oxford 1988, p. 384.

¹⁸ *Discursos* (IX), p. 219.

¹⁹ *Discursos* (VIII), pp. 188-189.

en *autoreproche*. El lugar de la *conciencia*, en su sentido genuino, vendrá a ser ocupado por el «sentido», «gusto» o «sentimiento moral», y la *virtud* pasará a ser la «gracia en la conducta», algo así como una clase de belleza, de modo que lo que determina lo virtuoso no será la conciencia, sino el *gusto*. El vicio se identificará con el *ridículo*, con algo que provoca la *burla* de la concurrencia. De ese modo, «el *parecer* se convierte en *ser*. Lo que parece aceptable será bueno, y lo que molesta será malo. La virtud será lo que agrada, y el vicio lo que causa dolor». Esa moralidad filosófica buscará la *modestia*, muy distinta de la *humildad*, pues aquélla, la modestia, es compatible con la *soberbia*. Y ésta se conoce con el nuevo nombre de *autorespeto*²⁰.

Newman cree que el saber liberal es un bien en sí mismo, pero no el sumo bien. Ensancha la mente, la cultiva, y en ello encuentra su propia recompensa, porque el ser humano está dotado de inteligencia. Pero no basta. La *belleza* y el *poder* son los dos aspectos de la verdad. El saber práctico es la posesión de la verdad en cuanto fuerte, mientras que el saber liberal la percibe como hermosa. Se trataría, cree Newman, de seguir la verdad, tanto como poder como belleza, hasta su «confín más lejano y hasta su mismo límite». Es así como la persona se ve conducida a lo eterno e infinito. Pero si se conforma con lo visible e inteligiblemente excelente, convertirá «la utilidad presente y la belleza natural en el test práctico de la verdad y el objeto suficiente del intelecto». La Iglesia, al fundar una universidad, ha de ser consciente de que ésta tiene un fin en sí mismo en el saber liberal (la universidad no es ni un convento ni un seminario), pero dado que éste, el saber liberal, no es el sumo bien, la Iglesia tiene un claro deber hacia la teología, pues la universidad, a través de la teología, reconoce la *verdad revelada*²¹.

Newman en sus *Discursos* parece hacer una petición de principio. Tras haber dedicado sus esfuerzos para hacer ver la excelencia de la mente humana, da un salto cualitativo para decir que ese saber, tan noble y sublime, no lo es todo, o quizá mejor, que la mente humana es (puede ser) más que el soporte de ese saber, que puede abrigar razones, aunque no aparezcan en un argumento, que le lleven a la fe. Éste fue uno de los temas más queridos del Beato Newman. El ser humano no está dotado únicamente de un *poder analítico*, sino *creativo*. La mente humana trabaja, porque hay materia para ello, aunque no aparezca adecuadamente verbalizada. Puede que lo haga mal, pero el

²⁰ *Discursos* (VIII), pp. 195-198.202-204.209.

²¹ *Discursos* (IX), pp. 218-219.227.

abuso no quita el uso. La razón analiza, pero ella misma no es el motivo de la fe, de la misma manera que el juez declara inocente al imputado, sin hacerlo inocente, o el elevado nivel de mercurio en un termómetro nos indica que hace calor, sin ser él mismo la causa del calor. Son ejemplos que Newman emplea en otros escritos. Newman tiene por imposible «una ciencia perfecta del raciocinio que pueda forzar la certeza sobre nosotros en cosas concretas». Por lo mismo, «vale más confesar que no hay una prueba suprema de la verdad fuera del testimonio de la verdad que nos da nuestra propia mente». Y cree que «este fenómeno, por desconcertante que nos parezca, es una característica normal e inevitable de la constitución mental de un ser como el hombre, colocado en un escenario como el de nuestro mundo. Su progreso es un crecimiento vivo, no un mecanismo; y sus instrumentos son actos mentales, no fórmulas ni invenciones lingüísticas»²².

Newman cree que nuestra «naturaleza», por hacer uso del término clásico, se queda corta, pero su afirmación de la «gracia» o del misterio es sumamente lúcida: «Dios no nos habla a través de los sucesos de la vida de modo que podamos persuadir fácilmente a otros de lo que está haciendo. No actúa según leyes tan evidentes que podamos hablar de ellas con certeza absoluta. Nos envía prendas suficientes de sí mismo para que elevemos nuestra mente hacia Él con veneración; pero parece deshacer tan frecuentemente lo que ha hecho y tolerar réplicas a sus signos de tal forma que la convicción de su presencia divina sólo puede surgir en el individuo concreto. No es entonces un hecho —verdadero— que pueda enseñarse a los hombres y ser reconocido automáticamente por todos. No es apto para ser inculcado al mundo indiscriminadamente, y a veces tampoco en hombres religiosos. Dios nos concede lo suficiente para que busquemos y esperemos, pero no nos da armas para ser irrefutables y convencer»²³.

Newman argumenta inspirándose en su lema cardenalicio, *cor ad cor loquitur*. Toda su vida fue un esfuerzo por hablar inteligentemente al corazón y de hablar cordialmente a la inteligencia.

²² NEWMAN, J.H.: *El Asentimiento Religioso. Ensayo sobre los motivos racionales de la fe*. Herder, Barcelona 1960, p. 310.

²³ Del sermón «Esperando a Cristo», citado por A. BOIX en «La Biblia en la fe del católico según J.H. NEWMAN (I)», en *Revista Española de Teología* 61 (2001) pp. 481-482.